



LECTIO DIVINA

III semana del tiempo ordinario
Del 23 al 29 de enero de 2022

El Espíritu y la Palabra
siempre nos moverán hacia los...



Oración introductoria

Señor, gracias por el don de la fe que recibí en mi bautismo y por dejar tu Palabra en el Evangelio. Creo en todo lo que has revelado; aunque reconozco que mi fe es todavía pequeña, confío en tu misericordia y en tu gracia para que esta oración sea el medio para crecer en el amor a Ti y a los demás.

Petición

Señor, ayúdame a tomar cada día como una oportunidad para crecer en el amor, en la imitación, en el seguimiento de tu Hijo Jesucristo.

Lectura del libro de Nehemías (Neh. 8, 2-4a. 5-6. 8-10)

En aquellos días, el día primero del mes séptimo, el sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón. Leyó el libro en la plaza que está delante de la Puerta del Agua, desde la mañana hasta el mediodía, ante los hombres, las mujeres y los que tenían uso de razón. Todo el pueblo escuchaba con atención la lectura del libro de la ley. El escriba Esdras se puso en pie sobre una tribuna de madera levantada para la ocasión. Esdras abrió el libro en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas. «Amén, amén». Luego se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leyeron el libro de la ley de Dios con claridad y explicando su

sentido, de modo que entendieran la lectura. Entonces el gobernador Nehemías, el sacerdote y escriba Esdras, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: «Este día está consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis.» (y es que todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley) Nehemías les dijo: «Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada preparado, pues este día está consagrado al Señor. ¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza»

Salmo (Sal 18, 8. 9. 10. 15)

Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. R.

Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. R.

La voluntad del Señor es pura y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. R.

Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, Roca mía, Redentor mío. R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 12, 12-30)

Hermanos: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un

mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito.» Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios. Y los miembros del cuerpo que nos parecen despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro; mientras que los más decorosos no lo necesitan. Pues bien, Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él, para que así no haya división en el cuerpo. Así, no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la iglesia Dios puso en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar, a los profetas, en el tercero los maestros, después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc.1,1-4;4,14-21)

Ilustre Teófilo: Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo después he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que le ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Homilía 32 sobre Lc 2; SC 87, pag. 387

“Esta palabra de la Escritura...se ha cumplido hoy”

Cuando leéis: “Enseñaba en las sinagogas y todo el mundo hablaba bien de él.” (Lc 4,15) no penséis que aquella gente era especialmente afortunada porque oía a Cristo, ni que vosotros estáis

privados de estas enseñanzas. Si la Escritura es la verdad, Dios no ha hablado sólo en las asambleas de los judíos de entonces, sino que habla hoy todavía en nuestra asamblea.

Y no sólo aquí, entre nosotros, sino en otras reuniones y en el mundo entero, Jesús enseña y busca los instrumentos para transmitir su doctrina. Rogad por mí para que me encuentre dispuesto y apto para cantar sus alabanzas. Del mismo modo que Dios encontró a los profetas, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel en tiempos en que los hombres estaban privados de las profecías, asimismo Jesús busca instrumentos para transmitir su palabra y “enseñar a los pueblos en sus sinagogas, y todos hablaban bien de él.” Hoy Jesús es glorificado por muchos más que en aquel tiempo en que fue conocido sólo por la gente de su provincia.

Palabras del Santo Padre Francisco

El término “Confirmación” nos recuerda que este Sacramento aporta un crecimiento de la gracia bautismal: nos une más firmemente a Cristo; lleva a cumplimiento nuestro vínculo con la Iglesia; nos da una especial fuerza del Espíritu Santo para difundir y defender la fe, para confesar el nombre de Cristo y para no avergonzarnos nunca de su cruz. Y por eso es importante ocuparse de que nuestros niños y nuestros jóvenes reciban este sacramento. Todos nosotros nos ocupamos de que sean bautizados y esto es bueno, pero, quizás, no le damos tanta importancia a que reciban la Confirmación. ¡Se quedan a mitad camino y no reciben el Espíritu Santo! Que es tan importante para la vida cristiana, porque nos da la fuerza para seguir adelante.» *(Homilía de S.S. Francisco, 29 de enero de 2014).*

Meditación

Lucas, probablemente el evangelista mejor preparado, introduce su narración con una clara finalidad: narrar la historia de Jesús tal como la ha recibido. En este pasaje nos muestra la primera actuación pública del Mesías, encuadrándola en la revelación trinitaria (*movido por el Espíritu...*).

Jesús, en su primera intervención pública, nos revela la esencia de su mensaje: Él, con la fuerza del Espíritu Santo, viene a salvar al hombre. Contemplando la historia nos asustamos de los terribles males que los hombres hemos realizado. El mal parece una sombra que nos devora, sin posibilidad de cambio. En esa oscuridad, resuena el mensaje de Jesucristo: He venido a traer la salvación, la buena noticia, la liberación.

Volver los ojos al rostro de Cristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre. Hemos comenzado un nuevo año, y no viene mal pararnos a pensar: ¿Me doy cuenta de que necesito un Salvador, que me salve de mi pecado? ¿Me siento salvado por Cristo? ¿Le veo como mi Salvador? ¿O en cambio pienso que no necesito ayuda de nadie, que yo solo puedo triunfar?

¿O he optado por la desesperación ante la difícil situación del mundo? *Duc in altum!*, Rema mar adentro. Una exhortación válida también para nuestros días, y válida para el inicio de cada año. Tenemos un Salvador, en lo alto del cielo, que intercede por nosotros, que nos ama tanto que ha bajado a nuestra pequeñez, se ha hecho hombre y ha muerto por nosotros. Con esta seguridad, rememos mar adentro, confiando en el Señor en medio de las tormentas de nuestra vida.

Oración final

Hoy: palabra clave en mi vida de cada día. En este hoy se cumple la Escritura. En este hoy Cristo entra en la sinagoga de mis convicciones para proclamar un nuevo mensaje a la pobreza de mi pensamiento, a los sentimientos prisioneros de aquel deseo quebrado en las ruinas de un cotidiano gris arrastrado hora por hora, a mi mirada ofuscada por mi horizonte miope. Un año de gracia, de regreso, de bendición. Señor, que mi hoy sea el tuyo, para que ninguna palabra tuya pueda caer en vano en mi vida, sino que todas puedan realizarse como granos de trigo en el surco helado del pasado, capaces de germinar con los primeros vientos de la primavera.

LUNES, 24 DE ENERO DE 2022

SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Entre el bien y el mal

Oración introductoria

Señor, dame la oportunidad de escucharte a través de todo lo que sucede en mi vida. Pero, sobre todo, te pido que me des el entendimiento que necesito para comprender, aceptar y, finalmente, vivir conforme a lo que Tú quieres de mi vida.

Petición

Jesús, ayúdame a conocer, vivir y transmitir tu amor.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam. 5, 1-7. 10)

En aquellos días, todas las tribus de Israel se presentaron ante David en Hebrón y le dijeron: «Hueso y carne tuyos somos. Desde hace tiempo, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, eras tú el que dirigía las salidas y entradas de Israel. Por su parte, el Señor te ha dicho: “Tú pastorearas a mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel”». Los ancianos de Israel vinieron a ver al rey en Hebrón. El rey hizo una alianza con ellos en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos le ungieron como rey de Israel. David tenía treinta años cuando comenzó a reinar. Y reinó cuarenta años; siete años y seis meses sobre Judá en Hebrón, y treinta y tres años en Jerusalén sobre todo Israel y Judá. David se dirigió con sus hombres a Jerusalén contra los jebuseos que habitaban en el país. Estos dijeron a David: «No entrarás aquí, pues te rechazarán hasta los ciegos y los cojos». Era como decir: David no entrará aquí. Pero David tomó la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David. David iba engrandeciéndose, pues el Señor, Dios del universo, estaba con él.

Salmo (Sal 88, 20. 21-22. 25-26)

Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán.

Un día hablaste en visión a tus amigos: «He ceñido la corona a un héroe, he levantado a un soldado de entre el pueblo». R.

«Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso». R.

«Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán, por mi nombre crecerá su poder: extenderé su izquierda hasta el mar, y su derecha hasta el Gran Río». R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 22-30)

En aquel tiempo, los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios». Él los invitó a acercarse y les hablaba en parábolas: «¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa. En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre». Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Releemos el evangelio

San Juan Casiano (c. 360-435)

fundador de la Abadía de Marsella

Los principados, Conferencias VIII-XVII (SC 54, Conférences VIII-XVII, Cerf, 1958), trad. sc@evangelizo.org

Todas las cosas serán sometidas a Cristo

Existe una razón para la denominación de principados y potencias (malos espíritus), porque ellos ejercen dominación e imperio sobre diversos pueblos. También porque tienen bajo ellos espíritus y demonios de rango inferior, de los que aprendemos por el evangelio y por su propia confesión, que son legión.

No podrían ser denominados dominación si no tuvieran sobre quien ejercer su poder, ni potencias o principados si no tuvieran sobre quien ejercer la preeminencia. La blasfemia que el Evangelio

nos reporta de los Fariseos da la luz sobre esta verdad: "Es por Belzebul, príncipe de los demonios, que él expulsa a los demonios" (Mt 12,24). En otro texto se da la apelación "jefe de tinieblas" (Ef 6,12) y otro demonio es designado como "príncipe de este mundo" (Jn 14,30).

Sin embargo, el bienaventurado Apóstol afirma que esas dignidades se evanecerán un día, cuando todo será sometido a Cristo y él "entregue el Reino a Dios, el Padre, después de haber aniquilado todo principado, dominio y poder" (1 Cor 15,24). Esto se podrá realizar cuando los demonios vean sustraer de su soberanía a los que ejercen en este siglo su poder, dominio o principado.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Preguntarnos si las novedades son todas malas, todas. La respuesta es “no”. El Evangelio es una novedad, Jesús es una novedad, es la novedad de Dios. Es necesario discernir las novedades: ¿esta novedad es del Señor, viene del Espíritu Santo, viene de la raíz de Dios o esta novedad viene de una raíz perversa? Antes, sí, era pecado, no se podía matar a los niños, pero hoy se puede, no hay mucho problema, es una novedad perversa. Ayer las diferencias estaban claras, como hizo Dios, la creación se respetaba; pero hoy somos un poco modernos: tú haces, tú entiendes, las cosas no son muy diferentes si se hace una mezcla de cosas. Y esta es la raíz perversa: la novedad de Dios nunca hace una mezcla, nunca hace una negociación; es vida, va de frente, es raíz buena, hace crecer, mira al futuro. Las colonizaciones ideológicas y culturales miran sobre todo al presente, reniegan del pasado y no miran al futuro: viven en el momento, no en el tiempo y por esto no pueden prometernos nada. Con este comportamiento de hacer a todos iguales y borrar las diferencias cometen, hacen el pecado feísimo de

blasfemar contra el Dios creador. Cada vez que llega una colonización cultural e ideológica se peca contra Dios creador porque se quiere cambiar la creación como Él la ha hecho.» (*Homilía de S.S. Francisco, 21 de noviembre de 2017*).

Meditación

Hacemos gran cantidad de juicios en el momento en que vemos la maldad de una persona. El mal se puede encontrar hasta en los que no nos imaginamos: un familiar, un amigo... La tendencia natural es ser un escriba que enjuicia todo lo que no está conforme a sus propios criterios. Nuestro deber es comprenderle, pues no sabemos toda la historia que hay por detrás. Sin aceptar el mal que hacen, es de vital importancia saber acompañar.

Esto sucede de forma semejante en nosotros cuando vemos nuestro interior y nos damos cuenta de que hay una constante batalla entre el bien que deseamos y el mal que nos obliga. Nos puede ayudar el recordar una imagen bastante común: Cuando estamos decidiendo el hacer o no hacer, ya sea bueno o malo; el demonio comienza a tentar en un oído y el ángel, por el otro lado, no hace más que recordar lo que somos.

Si tenemos claro lo que somos, seres capaces de obrar coherentemente. El discernimiento será más claro y el momento de actuar será lo que confirme nuestra lucha por hacer el bien. En cambio, si no tenemos clara nuestra identidad entraremos en confusión y no sabremos salir adelante. Incluso estando rodeados por el pecado, si sabemos quiénes somos podremos salir adelante en medio de nuestras debilidades, de nuestros defectos y egoísmos.

Oración final

Yahvé ha dado a conocer su salvación,
ha revelado su justicia a las naciones;
¡Aclama a Yahvé, tierra entera,
gritad alegres, gozosos, cantad! (Sal 98,2.4)

MARTES, 25 DE ENERO DE 2022
CONVERSIÓN DE SAN PABLO, APÓSTOL
Los límites de la fe

Oración introductoria

Señor Jesús: Así como tumbaste a san Pablo del caballo de su egoísmo y de rencor, así te pido yo que me permitas caer para desprenderme de todo lo que me aleja de Ti.

Que en este momento de oración pueda yo conocerte un poquito más, pero que, sobre todo, te permita entrar en mi corazón, pues eres Tú el único que puede transformarlo y convertirlo.

Petición

Señor, dame el celo apostólico que impulso a san Pablo en su misión.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch.22,3-16)

En aquellos días, dijo Pablo al pueblo: «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad; me formé a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la ley de nuestros padres;

he servido a Dios con tanto celo como vosotros mostráis hoy. Yo perseguí a muerte este Camino, encadenando y metiendo en la cárcel a hombres y mujeres, como pueden atestiguar en favor mío y son testigos de esto el mismo sumo sacerdote y todo el consejo de los ancianos. Ellos me dieron cartas para los hermanos de Damasco, y me puse en camino con el propósito de traerme encadenados a Jerusalén a los que encontrase allí, para que los castigaran. Pero yendo de camino, cerca ya de Damasco, hacia mediodía, de repente una gran luz del cielo me envolvió con su resplandor, caí por tierra y oí una voz que me decía: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?”. Yo pregunté: “¿Quién eres, Señor?”. Me respondió: “Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues”. Mis compañeros vieron el resplandor, pero no oyeron la voz que me hablaba. Yo pregunté: “¿Qué debo hacer, Señor?”. El Señor me respondió: “Levántate, continúa el camino hasta Damasco, y allí te dirán todo lo que está determinado que hagas”. Como yo no veía, cegado por el resplandor de aquella luz, mis compañeros me llevaron de la mano a Damasco. Un cierto Ananías, hombre piadoso según la Ley, recomendado por el testimonio de todos los judíos residentes en la ciudad, vino a verme, se puso a mi lado y me dijo: “Saúl, hermano, recobra la vista”. Inmediatamente recobré la vista y lo vi. Él me dijo: “El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conozcas su voluntad, veas al Justo y escuches la voz, de sus labios, porque vas a ser su testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. Ahora, ¿qué te detiene? levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados invocando su nombre”».

Salmo (Sal 116, 1. 2)

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos. R.

Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre.
R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 16, 15-18)

En aquel tiempo, Jesús se apareció a los once y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautice se salvará; el que no crea será condenado. A los que crean, los acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».

Releemos el evangelio

Santa Catalina de Siena (1347-1380)

terciaria dominica, doctora de la Iglesia, copatrona de Europa

El don de conformarse a Cristo, El Diálogo (Le dialogue, Téqui, 1976), trad. sc@evangelizo.org

Pablo reviste a Cristo crucificado

[Sant Catalina escuchó Cristo decirle:] Pablo, como un recipiente de arcilla, se dejó moldear y reformar por Mi Bondad, sin ninguna resistencia. Ante mi golpe, tuvo sólo palabras para decir: "Señor, ¿qué quieres que haga? ¡Dime lo que quieres y lo haré!". Le enseñé entonces, proponiendo a su mirada a Cristo crucificado, revistiéndolo con la doctrina de mi Verdad. Lo iluminé con la luz de un arrepentir verdadero, fundado en mi amor que borra su pecado. Sólo de este modo, conoció la doctrina de Cristo crucificado.

Adhirió tan estrechamente que nada desde ese momento lo pudo separar. Ni asaltos del demonio, ni tentaciones de la carne, a las cuales permanecía enfrentado por permiso de mi bondad. Yo lo

quería hacer crecer más todavía en mérito y en gracia, y conservarlo en la humildad luego de haberlo hecho gozar de la sublimidad de mi Trinidad. Nunca, ni un instante se separó de esa vestidura. Persecuciones, suplicios, tribulaciones, soportó todo, antes que renunciar a la doctrina de la Cruz. Tanto la había incorporado, que prefirió sacrificar su vida antes que dejar esa vestidura. Con ella retornó a mí, el Padre eterno.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia». El mandato misionero no conoce fronteras ni culturas, pues todo el mundo es tierra de misión. Aunque esto es un poco desordenado, pero el asunto es ir, después será el orden, más adelante. Pero la vida del misionero siempre es desordenada. Solamente tiene una seguridad de orden: la oración. Y con la oración va adelante. Queridos hermanos: Si están anclados en la Palabra de Dios, enraizados en ella, si la asumen como fundamento de sus vidas y dejan que la Palabra arda en sus corazones; esta Palabra los irá transformando y hará de cada uno de ustedes un verdadero misionero. Vivan y déjense santificar por la Palabra de Dios, y vivirán para ella.» *(Homilía de S.S. Francisco, 22 de junio de 2018).*

Meditación

Es en este tipo de pasajes evangélicos cuando se coloca a prueba nuestra fe, porque nos damos cuenta de que ésta no *debería* tener límites...

¿Cuáles son esos límites que yo le coloco a mi propia fe? ¿Es que se me hace muy difícil creer en el don de expulsar demonios, en la «disque» capacidad de hablar en lenguas o la de agarrar serpientes

con mis propias manos? ¿Me parece que nunca se me podría conceder la gracia de sanar a un enfermo, en el nombre de Jesús? O bueno... puede también haber límites en cuestiones mucho más cotidianas: ¿Huyo de la oración, porque pienso que Dios no me escucha? ¿Siento respeto humano a la hora de testimoniar mi cristiandad? Esa convicción de tener un Padre eterno que me ama..., ¿está resquebrajada por todas las dudas que el demonio y el mundo han sembrado en mi corazón?

Solo en la intimidad con Dios podremos hallar luz para afrontar estas cuestiones con verdad. Si le damos a Él algunos momentos, éstos serán suficientes para que nuestra fe sea llevada más allá de los límites, llegando a la promesa final: *El que crea y se bautice se salvará.*

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. (Sal 117,1-2)

MIÉRCOLES, 26 DE ENERO DE 2022
SANTOS TIMOTEO Y TITO, OBISPO

Un buen terreno da buenos frutos

Oración introductoria

Señor, dame la gracia de poder tener mi alma lo más pura posible para acoger tu palabra, y dar los frutos de amor que Tú quieres que yo dé.

Petición

Señor, quiero escuchar y aceptar tu Palabra para dar la cosecha que me corresponde. ¡Ven Espíritu Santo!

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 1,1-8)

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, para anunciar la promesa de vida que hay en Cristo Jesús, a Timoteo, hijo querido: gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro. Doy gracias a Dios, a quien sirvo como mis antepasados, con conciencia limpia, porque te tengo siempre presente en mis oraciones noche y día. Al acordarme de tus lágrimas, ansío verte, para llenarme de alegría. Evoco el recuerdo de tu fe sincera, la que arraigó primero en tu abuela Loide y tu madre Eunice, y estoy seguro que también en ti. Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por imposición de mis manos porque, pues Dios no nos ha dado un espíritu cobardía, sino de fortaleza, amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios.

Salmo (Sal 95, 1-2ª. 2b-3, 7-8a.10)

Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R.

Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R.

Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor. R.

Decid a los pueblos: «El Señor es rey, él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente». R.

Del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 4, 1-20)

Jesús se puso a enseñar otra vez junto al mar. Acudió un gentío tan enorme, que tuvo que subirse a una barca y, ya en el mar, se sentó; y el gentío se quedó en tierra junto al mar. Les enseñaba muchas cosas con parábolas y les decía instruyéndolos: «Escuchad: salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. El resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno». Y añadió: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Cuando se quedó a solas, los que lo rodeaban y los Doce le preguntaban el sentido de las parábolas. Él les dijo: «A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios; en cambio a los de fuera todo se les presenta en parábolas, para que “por más que miren, no vean, por más que oigan, no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados”». Y añadió: «¿No entendéis esta parábola? ¿Pues cómo vais a conocer todas las demás? El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra; pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Hay otros que reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra enseguida la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida

sucumben. Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; estos son los que escuchan la palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 101; PL 38, 6055

El dueño de la casa

El evangelio que acabamos de leer nos invita a buscar cuál es esta cosecha que nos dice el Señor: “La cosecha es abundante, los obreros son pocos. Pedid al dueño de la casa que mande obreros a su cosecha”. Es entonces cuando envió, además de los doce discípulos a quienes nombró apóstoles (“enviados”), a otras setenta-y-dos personas. Tal como se desprende de sus propias palabras, a todos los envió a una cosecha ya preparada. ¿A qué cosecha? Seguro que no iban a cosechar entre los paganos donde nadie había sembrado. Es, pues, de pensar, que la cosecha se hizo entre los judíos; es para esta cosecha que vino su propio dueño. A los otros pueblos no manda cosechadores sino sembradores. Entre los judíos, pues, la cosecha; en otras partes, la siembra. Y es, ciertamente, cosechando entre los judíos que ha escogido a los apóstoles; era el tiempo de la cosecha, ésta estaba madura porque antes, los profetas, habían sembrado entre ellos...

El Señor dijo a sus discípulos: “¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo: esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega”

(Jn 4,35): Y les dijo también: “Otros sudaron y vosotros recogéis el fruto de sus sudores” (v 38). Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y los profetas sudaron; sudaron para sembrar el grano. A su venida, el Señor ha encontrado madura la cosecha, y ha enviado segadores con la hoz del Evangelio.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Mediante la predicación y la acción de Jesús, el Reino de Dios es anunciado, irrumpe en el campo del mundo y, como la semilla, crece y se desarrolla por sí mismo, por fuerza propia y según criterios humanamente no descifrables. Esta, en su crecer y brotar dentro de la historia, no depende tanto de la obra del hombre, sino que es sobre todo expresión del poder y de la bondad de Dios, de la fuerza del Espíritu Santo que lleva adelante la vida cristiana en el Pueblo de Dios. A veces la historia, con sus sucesos y sus protagonistas, parece ir en sentido contrario al designio del Padre celestial, que quiere para todos sus hijos la justicia, la fraternidad, la paz. Pero nosotros estamos llamados a vivir estos periodos como temporadas de prueba, de esperanza y de espera vigilante de la cosecha. De hecho, ayer como hoy, el Reino de Dios crece en el mundo de forma misteriosa, de forma sorprendente, desvelando el poder escondido de la pequeña semilla, su vitalidad victoriosa. Dentro de los pliegues de eventos personales y sociales que a veces parecen marcar el naufragio de la esperanza, es necesario permanecer confiados en el actuar tenue pero poderoso de Dios.»
(Homilía de S.S. Francisco, 17 de junio de 2018).

Meditación

Me acuerdo de que mi abuelo tenía un terreno en el cual, un día, sembró papas; tenía semillas de primera calidad, y bastantes

químicos que le ayudarían para protegerlas de los insectos y bacterias, hasta que llegara el momento de la cosecha. Cuando llegó ese día, no dio los «frutos» (papas) que esperábamos. Cuando analizamos el por qué, descubrimos que nos había faltado preparar bien el terreno.

En nuestra vida es así; cuántas veces recibimos de manos de Dios las semillas de óptima calidad y todo lo necesario para dar frutos abundantes, pero por el terreno de nuestra alma no podemos dar los frutos que esperábamos, o más bien los que Dios quiere que demos. Dios nos da varios tipos de semillas: la semilla de la fe, la semilla de la esperanza, la semilla del amor, la semilla de ser más generoso, y así varios tipos de semilla.

Pero hay una semilla bastante especial, *“la semilla de la Eucaristía”*. La semilla más importante que Dios Padre da. Nos da a su Hijo único en esta semilla de la Eucaristía, pero ¿qué tipo de terreno tenemos en nuestra alma para acoger esta semilla? ¿Es un terreno puro, limpio de cualquier basura que impida que esta semilla se desarrolle en nosotros? ¿O es un terreno al que no le prestamos mucha atención, y sólo de vez en cuando lo limpiamos? El terreno de nuestra alma debería tener una tierra buena, regada, suelta, abonada, limpia de bichos raros que impiden que la buena semilla se desarrolle plenamente, porque sólo así Cristo puede obrar plenamente en nosotros y ayudarnos a dar frutos abundantes. Y los frutos que nos pedirá serán los frutos de amor.

Oración final

Consulté a Yahvé y me respondió: me libró de todos mis temores.
Los que lo miran quedarán radiantes,
no habrá sonrojo en sus semblantes. (Sal 34,5-6)

Oración introductoria

Señor, vengo hoy a encontrarme contigo en este rato de oración. Ayúdame a tener ese silencio interior que tanto necesito para escuchar tu voz y lo que quieres de mí. Y dame la fortaleza que necesito para hacer lo que me pidas.

Petición

Señor, el amor a ti y a mi prójimo es la gracia que más me interesa. Concédemelo, Jesús

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam. 7, 18-19. 24-29)

Después de que Natán habló a David, el rey vino a presentarse ante el Señor y dijo: «¿Quién soy yo, mi Dueño y Señor, y quién la casa de mi padre, para que me hayas engrandecido hasta tal punto? Y, por si esto fuera poco a los ojos de mi Dueño y Señor, has hecho también a la casa de tu siervo una promesa para el futuro. ¡Esta es la ley del hombre, Dueño mío y Señor mío! Constituiste a tu pueblo Israel como pueblo tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios. Ahora, pues, Señor Dios, confirma la palabra que has pronunciado acerca de tu siervo y de tu casa y cumple tu promesa. Tu nombre sea ensalzado por siempre de este modo: “¡El Señor del universo es el Dios de Israel y la casa de tu siervo David permanezca estable en tu presencia”. Pues tú, Señor del universo, Dios de Israel, has manifestado a tu siervo: “Yo te construiré una casa”. Por eso, tu siervo ha tenido ánimo para dirigirte esta oración. Tú, mi Dueño y Señor, eres Dios. tus palabras son verdad y has prometido a tu siervo

este bien. Dígnate, pues, bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca para siempre ante ti. Pues tú, mi Dueño y Señor, has hablado, sea bendita la casa de tu siervo para siempre».

Salmo (Sal 131, 1-2. 3-5. 11. 12. 13-14)

El Señor Dios le dará el trono de David, su padre.

Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes: cómo juró al Señor e hizo voto al Fuerte de Jacob. R.

«No entraré bajo el techo de mi casa, no subiré al lecho de mi descanso, no daré sueño a mis ojos, ni reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Fuerte de Jacob». R.

El Señor ha jurado a David una promesa que no retractara: «A uno de tu linaje pondré sobre tu trono». R.

«Si tus hijos guardan mi alianza y los mandatos que les enseño, también sus hijos, por siempre, se sentarán sobre tu trono». R.

Porque el Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella: «Ésta es mi mansión por siempre, aquí viviré, porque la deseo». R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 4, 21-25)

En aquel tiempo, Jesús dijo al gentío: «¿Se trae la lámpara para meterla debajo del celemín o debajo de la cama?, ¿no es para ponerla en el candelero? No hay nada escondido, sino para que sea descubierto; no haya nada oculto, sino para que salga a la luz. El que tenga oídos para oír, que oiga». Les dijo también: «Atención a lo que estáis oyendo: la medida que uséis la usarán con vosotros, y con

creces. Porque al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene».

Releemos el evangelio

San Gregorio de Nisa (c. 335-395)

monje, obispo

El panal de miel (La Colombe et la Ténèbre, Cerf, 1992), trad. sc@evangelizo.org

¡Atención a lo que escuchan!

El Libro de los Proverbios pide al discípulo de la Sabiduría ponerse a la escuela de la abeja. Dice a los amantes de la Sabiduría: Ve hacia la abeja y mira cómo ella es laboriosa y qué respeto aporta a su trabajo. Reyes y otras personas, por su salud, utilizan sus productos. Además es buscada y estimada por todos. Aún disminuida de fuerzas, ama la sabiduría y por eso es propuesta como ejemplo de vida a las personas virtuosas. "Fíjate en ella, observa sus costumbres y aprende a ser sabio" (cf. Pr 6,6-8).

Este texto aconseja no descuidar ninguna enseñanza divina sino sobrevolar el prado de palabras inspiradas, en vista de la adquisición de la Sabiduría. De igual forma, hay que modelar en uno mismo celdas de cera y depositar el producto del trabajo en el corazón, como en una colmena. Y construir en la memoria cofres impermeables para guardar las distintas enseñanzas, como si fueran alvéolos en la cera. Así, imitando a la sabia abeja, de la que la cera es dulce y el dardo no hiere, nos aplicaremos sin pausa al augusto trabajo de las virtudes. El ganar los bienes eternos con las penas de acá abajo y dispensar las propias penas por los reyes y otras personas, en vista de la salvación de sus almas, es todo un trabajo. El alma que lo realiza es buscada por su Esposo y estimada por los ángeles. Al amar a la Sabiduría, ella tiene fuerza en la debilidad.

Estos son ejemplos de ciencia y amor al trabajo que nos aporta la industriosa abeja. Asimismo, la repartición de divinos carismas espirituales se hace en proporción al celo aportado al trabajo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La vida del apóstol, que brota de la confesión y desemboca en el ofrecimiento, transcurre cada día en la oración. La oración es el agua indispensable que alimenta la esperanza y hace crecer la confianza. La oración nos hace sentir amados y nos permite amar. Nos hace ir adelante en los momentos más oscuros, porque enciende la luz de Dios. En la Iglesia, la oración es la que nos sostiene a todos y nos ayuda a superar las pruebas.» *(Homilía de S.S. Francisco, 29 de junio de 2017).*

Meditación

Un candelabro que no funciona no da luz y no ayuda, pero cuando alumbra todos se dan cuenta. Nos puede pasar que sabemos lo que tenemos que hacer en ciertas circunstancias u ocasiones, pero cuando por miedo o pereza no lo hacemos, nos sentimos como si algo nos faltara. Dios nos pide que seamos sus testigos a los que la gente puede ver irradiando su luz. Es la misión del apóstol de Jesucristo comunicar su mensaje como el candelabro nos transmite luz y calor, no debemos dejarnos llevar por el miedo o las dificultades del anuncio del mensaje de Cristo.

Esta misión que Dios nos da no es algo sencillo porque al final de los tiempos Él nos preguntará cómo seguimos su mandato. Por eso necesitamos dejarnos amar por Dios para que Él sea el protagonista de la misión que nos propone.

Dios nos ha dejado la tarea de manifestar su amor a nuestros hermanos los hombres; cada día es una nueva oportunidad para cumplir nuestro encargo con entusiasmo y dedicación, mostrándonos abiertos a su plan, «Señor heme aquí para hacer tu voluntad.» (Cfr. *Heb.* 10,7)

Oración final

Gustad y ved lo bueno que es Yahvé,
dichoso el hombre que se acoge a él. (*Sal* 34,9)

VIERNES, 28 DE ENERO DE 2022

SANTO TOMÁS DE AQUINO, PRESBITERO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Más alta que las demás hortalizas

Oración introductoria

Señor, enséñame a escuchar con paciencia tu voz, sabiendo que tu gracia no crece de la noche a la mañana, sino que germina poco a poco en mi interior.

Petición

Señor multiplica, para bien de la Iglesia y el triunfo de tu Reino, los frutos de mi apostolado.

Lectura del segundo libro de Samuel (2Sam.11,1-4a.5-10a.13-17)

A la vuelta de un año, en la época en que los reyes suelen ir a la guerra, David envió a Joab con sus servidores y todo Israel. Masacraron a los amonitas y sitiaron Rabá, mientras David se quedó en Jerusalén. Una tarde David, se levantó de la cama y se puso a

pasear por la terraza del palacio. Desde allí divisó a una mujer que se estaba bañando, de aspecto muy hermoso. David mandó averiguar quién era aquella mujer. Y le informaron: «Es Betsabé, hija de Elián, esposa de Urías, el hitita». David envió mensajeros para que la trajeran. Ella volvió a su casa. Quedó encinta y mandó este aviso a David: «Estoy encinta». David, entonces, envió esta orden a Joab: «Mándame a Urías, el hitita». Joab se lo mandó. Cuando llegó Urías, David le preguntó cómo se encontraban Joab y la tropa y cómo iba la guerra. Luego le dijo: «Baja a tu casa a lavarte los pies». Urías salió del palacio y tras de él un regalo del rey. Pero Urías se acostó a la puerta del palacio, con todos los servidores de su señor, y no bajo a su casa. Informaron a David: «Urías no ha bajado a su casa». David le invitó a comer con él y le hizo beber hasta ponerle ebrio. Urías salió por la tarde a acostarse en su jergón con los servidores de su señor, pero no bajo a su casa. A la mañana siguiente, David escribió una carta a Joab, que le mandó por Urías. En la carta había escrito: «Poned a Urías en primera línea, donde la batalla sea más encarnizada. Y luego retiraos de su lado, para que lo hieran y muera». Joab observó la ciudad y situó a Urías en el lugar en el que sabía que estaban los hombres más aguerridos. Las gentes de la ciudad hicieron una salida. Trabaron combate con Joab, y hubo bajas en la tropa, entre los servidores de David. Murió también Urías, el hitita.

Salmo (Sal 50, 3-4. 5-6a. 6bc-7. 10-11)

Misericordia, Señor: hemos pecado.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia. R.

En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente. Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. R.

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados. Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa. R.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 4, 26-34)

En aquel tiempo, Jesús decía al gentío: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega». Dijo también: «¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden anidar en su sombra». Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Releemos el evangelio

Beato María-Eugenio del Niño Jesús (1894-1967)

carmelita, fundador de Nuestra Señora de Vida

La unión transformante, Quiero ver a Dios (Je veux voir Dieu, Carmel, 1949), trad. sc@evangelizo.org

El Reino de Dios es como la semilla que germina y crece

No podemos pedir a la gracia divina revelar todas sus potencialidades durante el período de crecimiento. La semilla que

muere, el delicado tallo que sube, no dicen exactamente lo que portan en ellos. Toda germinación y crecimiento se hacen en el caos o, al menos, en el misterio. El desarrollo pleno sólo extiende las propiedades de la vida ya presente y la calidad del fruto.

En la unión transformante, después de los períodos oscuros que han escondido varias propiedades, la gracia descubre sus riquezas esenciales y muestra que realiza una transformación que nos hace semejantes al amor de Cristo Jesús. La expansión externa de Cristo Jesús en las almas tomará diversas formas, ya que esta gracia de Cristo es multiforme y brilla con reflejos diversos. Pero la transformación en Cristo debe ser real y profunda y debe afirmarse por la semejanza que crea el amor en la voluntad, los pensamientos, los sentimientos y la actividad exterior. (...)

El doble realismo que debemos exigir de la unión transformante, para reconocerla verdadera y auténticamente cristiana, es la divinización de la naturaleza para que seamos hijos de Dios y la encarnación de la vida divina para que seamos cristianos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Solo así, abriéndonos y saliendo de nosotros mismos para encontrar a los hermanos, podemos realmente crecer y no solo engañarnos con hacerlo. Cuanto recibimos como don de Dios debe ser, de hecho, donado -el don es para donar- para que sea fecundo y que no sea, en cambio, sepultado por temores egoístas, como enseña la parábola de los talentos. También la semilla, cuando tenemos la semilla en la mano, pero no está para meterlo allí, en el armario, dejarlo allí: está para sembrarlo. El don del Espíritu Santo debemos darlo a la comunidad.» *(Homilía de S.S. Francisco, 6 de junio de 2018).*

Meditación

De pequeño recuerdo que nos pidieron sembrar un par de frijoles en un frasco; pasaba el tiempo y yo me desesperaba porque mis demás compañeros tenían una plantita más grande que la mía. Años después me visitaron unos amigos y vieron que mi planta seguía creciendo y dando frutos, no muchos, pero de manera constante. Cuando pregunté por sus plantas me dijeron que era un proyecto del año pasado, que no contaba más... en pocas palabras que sus plantas murieron.

Podemos correr el mismo riesgo nosotros, podemos ver como la fe, la confianza o alguna otra virtud de nuestros hermanos crece más rápido que la nuestra; nos podemos desesperar; podemos estar tentados a que no dé más fruto, dejar de ponerle el agua de la oración o el abono de nuestro esfuerzo, dejar de exponerla al sol de Cristo; mantenerla en el frasco de nuestro egoísmo, nuestra mediocridad o nuestra indiferencia y no ponerla en la maceta o el jardín de la vida común de todos los días que nos ofrece tantas y tantas oportunidades de vivir la caridad, la paciencia, la perseverancia en la fe, entre otras muchas virtudes que, como cristianos, estamos llamados a vivir.

Agradecemos al Señor por su gracia que nos posibilita a dar los frutos que Él quiere que demos. Aunque nos parezcan pocos, son los que el Señor nos pide y nos daremos cuenta de que al final, estos frutos se disfrutan en común como hermanos.

Oración final

Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado. (Sal 51,3-4)

Oración introductoria

Señor Jesús, te invito en estos momentos a que subas a mi barca y tomes el timón de mi vida para afrontar las tempestades que se me presenten ¡Mi alma está sedienta de ti! (Sal 42)

Petición

Dios mío, ayúdame a ser fiel y perseverar en mi vida de oración.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam. 12, 1 7a. 10-17)

En aquellos días, el Señor envió a Natán a David. Entró Natán ante el rey y le dijo: «Había dos hombres en un pueblo, uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y vacas. El pobre, en cambio, no tenía más que una cordera pequeña que había comprado. La alimentaba y la criaba con él y con sus hijos. Ella comía de su pan, bebía de su copa y reposaba en su regazo; era para él como una hija. Llegó un peregrino a casa del rico, y no quiso coger una de sus ovejas o de sus vacas y preparar el banquete para el hombre que había llegado a su casa, sino que cogió la cordera del pobre y la aderezó para el hombre que había llegado a casa». La cólera de David se encendió contra aquel hombre y replicó a Natán: «Vive el Señor que el hombre que ha hecho tal cosa es reo de muerte. Resarcirá cuatro veces la cordera, por haber obrado así y por no haber tenido compasión». Entonces Natán dijo a David: «Tú eres ese hombre. Pues bien, la espada no se apartará de tu casa jamás, por haberme despreciado, y haber tomado como esposa a la mujer de Urías, el hitita, Así dice el Señor: “Yo voy a traer la desgracia sobre ti, desde tu propia casa. Cogeré a tus mujeres ante

tus ojos y las entregaré a otro, que se acostará con ellas a la luz misma del sol. Tú has obrado a escondidas. Yo, e, cambio, haré esto a la vista de todo Israel y a la luz del sol”». David respondió a Natán: «He pecado contra el Señor» Y Natán le dijo: «También el Señor ha perdonado tu pecado. No morirás. Ahora bien, por haber despreciado al Señor con esa acción, el hijo que te va a nacer morirá. sin remedio». Natán se fue a su casa. El Señor hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y cayó enfermo. David oró con insistencia a Dios por el niño. Ayunaba y pasaba las noches acostado en tierra. Los ancianos de su casa se acercaron a él e intentaban obligarlo a que se levantara del suelo, pero no accedió, ni quiso tomar con ellos alimento alguno.

Salmo (Sal 50, 12 -13. 14-15. 16-17)

Oh Dios, crea en mí un corazón puro.

Oh Dios, crea en mi un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. R.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti. R.

Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. R

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 4, 35-41)

Aquel día, al atardecer, dice Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba;

otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas lo obedecen!».

Releemos el evangelio

San Gregorio de Nisa (c. 335-395)

monje, obispo

El invierno ha terminado (La Colombe et la Ténèbre, Cerf, 1992), trad. sc@evangelizo.org

“¿Quién es él, que hasta el viento y el mar obedecen?” (Mc 8,41)

“Porque ya pasó el invierno, cesaron y se fueron las lluvias” (Ct 2,11), dice el Esposo del Cantar de los Cantares. El mal lleva distintos nombres, según la diversidad de su efecto. Se denomina invierno, lluvia, aguaceros y cada uno de esos nombres simboliza respectivamente una tentación distinta. El invierno simboliza la multitud de formas del mal. (...) ¿Qué decir de las tormentas en el mar durante el invierno? Saliendo de los abismos, el mar se enardece e imita las rocas y las montañas, levantando su altura por arriba de su nivel. Se lanza contra la tierra como un enemigo, se precipita sobre los costados y rompe todo con los golpes de sus olas, como una máquina de guerra.

Interpretemos esos males del invierno y todos los que se podrían agregar, relacionándolos con su sentido simbólico. (...) ¿Qué es ese mar de olas rugientes? ¿Qué es esa lluvia y esos aguaceros? ¿Cómo esa lluvia cesa por ella misma? El sentido

profundo de esos enigmas del invierno está en relación con lo humano y concierne la libertad de nuestra voluntad. (...) La naturaleza humana al comienzo florecía (...) pero el invierno de nuestra desobediencia secó la raíz, la flor cayó y se disolvió en tierra. El hombre fue despojado de la belleza inmortal y la hierba de las virtudes se secó, el amor a Dios se enfrió, en tanto que la iniquidad crecía. Innumerables pasiones se levantaron en nosotros por vientos hostiles que llevaron al naufragio de las almas.

Pero cuando llega el que aporta la primavera a nuestras almas, amenaza al viento cuando ese viento es malvado despertando al mar: “¡Silencio! ¡Cálmate!” (Mc 4,39). Enseguida todo vuelve a la calma y la serenidad y nuestra naturaleza reverdece y florece. Las flores de nuestra vida son las virtudes, que florecen y producen frutos “en su estación” (Sal 1,3). Entonces el Verbo dice: “Ya pasó el invierno”.

Palabras del Santo Padre Francisco

«¿Creemos que el Señor es fiel? ¿Cómo vivimos la novedad de Dios que todos los días nos transforma? ¿Cómo vivimos el amor firme del Señor, que se pone como barrera segura contra las olas del orgullo y de las falsas novedades? El Espíritu Santo nos ayude a ser siempre conscientes de este amor ‘rocoso’, que nos vuelve estables y fuertes en los pequeños y grandes sufrimientos, nos hace capaces de no cerrarnos ante las dificultades, de afrontar la vida con valentía y mirar al futuro con esperanza.» (*Homilía de S.S. Francisco, 21 de julio de 2015*).

Meditación

¿Quién no se ha sentido alguna vez con el agua al cuello? Cuando nos encontramos en una situación límite queremos ayuda

urgentemente, ahí es cuando nos acordamos de Jesús. Sin embargo, puede suceder que por más que oramos parece que Dios no nos escucha, que se ha olvidado de nosotros, que está dormido.

En el Evangelio que meditamos hoy, ¿será posible que verdaderamente Jesús se encuentre dormido en medio de la tempestad, el viento huracanado, los gritos de terror de sus amigos? Si Jesús hubiera querido jugar una broma, le salió muy mal, nadie le hubiera creído que estaba dormido.

Al inicio de nuestra vida sólo tenemos una certeza, que algún día vamos a morir. Ése es el momento crucial donde el Señor nos dice como a sus apóstoles ¡Vayan a la otra orilla! ¡Vayan al cielo! Pero en medio de este gran viaje a través de las aguas de la vida, la forma más segura de llegar a buen puerto es decirle a Jesús que se suba a nuestra barca.

Hoy si te encuentras sumido al borde de una tempestad y piensas que el Señor está ausente, recuerda por un instante, ¿a qué rincón de tu barca lo mandaste?

Jesús no merece estar en una esquina en la popa de nuestra barca, porque Él, además de ser el mejor capitán, puede tener el poder absoluto sobre tu tormenta. ¿Quieres ir a despertar al Señor?

Oración final

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renueva en mi interior un espíritu firme;
no me rechaces lejos de tu rostro,
no retires de mí tu santo espíritu. (Sal 51,12-13)